

Jorge de Arco

HUELLAS

Antología 1996-2017



ARS  POETICA

HUELLAS

Jorge de Arco

HUELLAS



ARS  POETICA

Jorge de Arco

H U E L L A S

Antología 1996-2017

colección

| BEATUS ILLE |



Huellas. Antología 1996-2017
Jorge de Arco

Colección: BEATUS ILLE

Dirección editorial: Ilia Galán

Fotografía página 5:
El autor y su madre

© 2018 Jorge de Arco
© 2018 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. Administración: (+34) 985 792 892
Tel. Pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1^a edición: abril, 2018

ISBN (edición impresa): 978-84-948460-9-0
ISBN (edición digital): 978-84-948593-0-4
Depósito Legal: AS 00162-2018

Impreso en España
Impreso por Líberis

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi madre,
cielo en la tierra.

In memoriam.

PRÓLOGO

Toda antología poética —en especial, si realizada por su propio autor— suele llevar consigo un punto de reflexión e incluso, en muchos casos, de inflexión. Vuelve el creador a sus orígenes, se encuentra y se enfrenta con el que fue y con lo que (otro, él mismo) concibiera. Si ese poeta, tal sucede con Jorge de Arco, es por demás un crítico experto y responsable, posee la objetividad necesaria para juzgar y juzgarse.

Esta compilación que mis palabras encabezan, abarca un período de casi cinco lustros de obra lenta y, cabe decirlo, reconocida.

Esas uñas que, en *Las imágenes invertidas* (1996) escarban «tras el espejo ajeno», es decir, en su envés, saben que en

la faz de ese espejo está su propio rostro, su propio ser de poeta que iniciaba un camino con voluntad de quedar.

Sus entregas sucesivas revelan el crecimiento lógico derivado de lo auténtico. Puede el verso recrear «un tiempo de secretos y conjuros», que la edad temprana alienta, pero, paralelamente, afloran las vivencias reales, lastimantes: «Éramos niños./ No nos cupo el dolor entre los párpados».

Esos sueños, esas vivencias, ese dolor, son los que van conformando, al hilo del tiempo, la personalidad del cantor deciso.

En Jorge de Arco hay una infancia de pueblo determinante, pero también un proceso de soledades marcado por ciudades lejanas: Hamburgo, Nueva York, Berna, v.g. Hasta que el amor irrumpre poderoso, arrasante, y se alza vencedor:

*Condéname a tus manos,
consume mi delirio
y, reo de tu sexo,
no me concedas ya nunca clemencia.*

Han pasado cuatro años (1996-1999) y al libro inaugural han sucedido otros dos: *Lenguaje de la culpa* y *De fiebres* y

desiertos. Y, de repente, esa voz transida, anhelante, se silencia. El amor ha ganado su sitio, serenando la pulsión vital y han de transcurrir ocho años, antes de que vea la luz un nuevo libro, *La constancia del agua* (2007).

Ha madurado el poeta su decir, su lenguaje no es culposo, sino más íntimo y sosegado, y desde ese ángulo alumbra poemas como el titulado «Agua es el hombre», testimonial de la brevedad del plazo, y en el que se recrea la imagen machadiana del mar último, en el que el hombre, agua al cabo, «sumerge su gota/ en el inmerso océano».

Dos años después, aparece en la colección Adonáis *La casa que habitaste*, poemario con el que De Arco obtiene el premio internacional «San Juan de la Cruz». En él, leemos: «A veces la memoria es una casa/ por habitar». Al ventanal de esa casa se asoma el poeta y contempla un pretérito que deja en sus cuartos ya presencias latentes, ya sombras.

Escribió la poetisa luxemburguesa Anise Koltz: «En cada piedra/ una casa/ sueña con existir» y sus palabras lucen en la primera página de este volumen. Como piedras armilares los hechos vividos van conformando, edificando ese «ámbito oscuro» que puede iluminarse de un cálido brillor, o apagarse aún más, convertido en «triste materia de memoria». Y el hombre que se debate, ora en sus um-

brales, ora en sus estancias o sus largos corredores, acaba confesando:

*Nunca estuviste en la casa que habitaste,
porque yo era esa casa, y tú quizás
la que no estuvo nunca.*

He dicho que *La constancia del agua* (2007) traía consigo un lenguaje más íntimo y sosegado. Pero, cuando se publica *Las horas sumergidas* (2013) el fluir verbal del poeta evoluciona ostensiblemente: se hace más contenido, más austero; no anula su emotividad, sólo la subyace, la atenua tras una pátina de tenues pinceladas.

También muchos poemas acortan su extensión. Surge, volando alto, la desmemoria. «La memoria es un pozo y no se acaba», escribió un poeta andaluz Y puede ser verdad que no se acabe, pero sí reduce su caudal, como el pozo de Han Yu reduce el cielo visible.

Una mano izquierda infantil pinta la noche, la que ayer, en cierto momento, era una luna negra y agria hoy se transforma en flores negras. Ganan sitio la ausencia y sus renuncias: el olvido y la nada. «El viento del destino.../ escribe mi epitafio», leemos. Y cuando el poeta vuelve la mirada al Sur que un día poseyera, en busca de reposo y

alivio, la luz de ese ayer es «caliente y sepia»: como la falda de la amada, en un estío imborrable «tiene el color feroz de la nostalgia».

En su libro inmediato, *La lluvia está diciendo para siempre* (2015), Jorge de Arco muta el modo y el tono. Aunque diga en cierto momento que está haciendo inventario «del frío y de los soles del ayer», su discurrir lírico va por otros cauces. «Es la hora del trigo y los arcángeles», reza su endecasílabo. Es la hora de apoyarse en el verbo, de liberarlo y liberarse.

Reveladoramente, anota: «Cierro los ojos/ y me encadeno a las palabras». Refiriéndose al soneto, Vicente Gaos afirmó: «No me encadenas, me desencadenas». Vale aquí su confesión, porque el poeta de *la lluvia está diciendo para siempre*, desencadena su decir y su idioma fulgurantes. Esto en cuanto al tono. Respecto al modo, establece un diálogo hombre mujer, en el que esta última se vale en sus parlamentos del poema en prosa. Un original enfoque, que le vale, entre otras muchas cosas para dar a conocer «la sinrazón o no del desolvido».

El sur de tu frontera (2017), cuaderno que pone fin a este florilegio, supone el regreso, una vez más, a las raíces que recurrente —pueblo, patio, mar, azotea, vencejos...— cali-

fiqué de determinante y las cuales, en buena medida, sustenta con evidencia toda su obra.

Una obra, en suma, que en estas más de dos décadas ha ido alzándose sugestiva y reveladora, sostenida sobre la firmeza de su lírico fluir.

CARLOS MURCIANO

Arcos de la Frontera, invierno de 2018

PALABRAS PARA *HUELLAS*

Vivir es ver volver y, dos décadas después de haber iniciado mi andadura lírica, he vuelto hasta aquellos primeros versos que almendraban un futuro incierto. He vuelto hasta ellos, digo, y con ellos, me he reencontrado en aquel tiempo donde la poesía me concedió su certidumbre y sus fervores.

Más de veinte años, al cabo, en los cuales he ido creciendo en la dicha de ver cumplidos muchos deseos y en los que mis poemas han ido surgiendo de la mano de lo vivido.

Para esta compilación, he preferido mantener el rigor cronológico como mejor manera de ofrecer al lector un mapa de esa evolución propia de todo proceso creativo. En ocasiones, he sentido la tentación de corregir algunos

de los textos pero, tal vez, hubiera traicionado lo que entonces quise decir y dije. De cualquier forma, celebro mirar atrás y juzgar de manera exigente lo escrito en el pasado.

Al filo de estos ocho poemarios, hay paisajes reales y familiares, espacios imaginarios y pretéritos, protagonistas cercanos y almados, silencios de ayer y anhelos de hoy, instantes de gozo y mareas de penumbra, estíos azules e inviernos de sombra...

Y, también, la incomparable felicidad de ver llegar al mundo a un hijo y a una hija, y el duelo incurable de perder a una madre. Yo creí que con tanta luz no se atrevería la muerte y, sin embargo, ahora tengo que dejarle aquí encendidos estos poemas —estas *huellas* suyas y mías— para que su memoria me siga alumbrando.

*El silencio más hondo que recordara nunca,
quizá fuera pasado, prodigo en la memoria,
morada donde digo junto a esta luz velada,
que no hay mayor derrota que la de consentir
al corazón la triste historia de sus días.*

*Retomar lo vivido sin dejarse atrapar
por el sosiego terco y liviano del tiempo,
al compás de la hierba llovida, de los mirlos
alzados en las ramas, dóciles en su canto.*

*Mas ahora que despacio desvisto mis anhelos,
– en los labios la vida, sin apenas nombrarla – ,
tal vez me fuera lícita la frágil tentación
de hablar de aquel amor real y consentido,
rehecho sin premuras, dolido en su costumbre.
Volver al mediodía más hermoso en sus ojos,
cosidos a un tranvía de una tarde en Lisboa,
asomados a un muro de tristeza y de viento,
sumidos en las calles de un verano escocés,
o niños de papel entre el Sur y sus olas.*

*Pues no era espejismo aquella transparencia,
sino dulce tibieza, huellas de un mismo cielo,
inevitabile don que así nos commovía.*

LAS IMÁGENES INVERTIDAS
(1996)

*Im Fluss umarmen sich die Spiegelbilder
der liebenden.*

KARL KROLOW

LAS IMÁGENES INVERTIDAS

QUIZÁ he vuelto a la vida
porque no cabe más
pasado entre los ojos,
pero tampoco dentro de unas uñas
que escarban
tras el espejo ajeno
y silentes asisten
a la leyenda cierta
que esconden estas aguas.

De lo que hubo, de lo que sucede,
permaneciera acaso
una aguja que enhebra
el abrazo postrer
de los amantes,
un cristal sumergido
allá en lo más profundo de sus días.

Se acuestan sus imágenes
invertidas debajo de mis párpados
y creo verlos todavía
de vuelta del destino,
enemigos mortales de sus sombras.

CABARET CON FONDO DE BRECHT

Café Romanische, Berlín

BRECHT sale de tu boca.
Del piano, una caricia.
El cristal de los versos
— casi rozando el raso de tus labios —
se balancea al compás de las canciones.
Se derrama noviembre por tus manos
y anocchece de espaldas a tu lacio cabello.
Brecht en la última fila.
Por la puerta de atrás sale y sonríe.
Lo espera el viento. Tú dices adiós,
te asusta tanta huida,
y como una promesa te abandonas.
Mas no temas. Ni Brecht,
ni las últimas luces que persiguen
tu sombra
quieren huir sin ti.
Nunca permiten
que los ángeles sepan de tristezas.